



LA EUSKAL-ERRIA Y EL TIROLO AUSTRIACO.



Mis incesantes excursiones por España para llevar á feliz término la Obra del Sagrado Corazon, de Oñate, no me han permitido cumplir hasta la fecha la palabra que dí, tiempo hace, de apuntar en esta estimada Revista las analogías y relaciones que median entre dos países sumamente típicos y originales, célebres y de todos conocidos; quiero decir la Euskal-erria, mi querida madre de adopcion y el Tirolo austriaco, que lo fué tambien, veinte años hace, cuando impulsado por las más críticas circunstancias tuve que abandonar el dulce suelo patrio.

Desde el 12 de Julio hasta el 14 de Noviembre del pasado año tuve la dicha de morar en aquella afortunada tierra de los Alpes tiroleses y pude estudiar con todo detenimiento esos puntos de contacto y relaciones que unen, aun ignorándolo muchos de sus habitantes, á las dos expresadas regiones. Señalaré lo más concisa y brevemente posible esas analogías, no dudando que, á pesar de mi desaliñado estilo, lo han de ver con interés mis amados euskaldunas.

Mucho se parecen Euskal-erria y el Tirolo, no tan solo por su topografía, sí que tambien por sus sentimientos religiosos, patrióticos, por sus costumbres, por sus tradiciones; y hasta hay ciertas armonías secretas entre sus idiomas, el aleman y el bascuence, en apariencia tan encontrados y distintos. No me detendré mucho sobre este último cotejo, y remito á mis lectores á lo que ya dejé apuntado en mis estudios sobre el idioma bascongado, publicados dos ó tres años hace en

esta Revista. Tan solo indicaré un fenómeno glotológico muy extraño por cierto, resultado de mi propia experiencia, y es que al intentar yo hablar en alemán (idioma que estudié en mis juveniles años) se me ocurría involuntariamente el bascuence, y vice-versa, al querer expresarme en bascuence, lo hacia, sin quererlo, en alemán. Este singular fenómeno, acaso por primera vez apuntado, me confirmó en mi opinion referente á la idiosincrasia del idioma bascongado, entrañando un *germanismo*, si no en el terreno filológico propiamente dicho, de seguro en el terreno ideológico y fonológico.

Pasemos ahora á señalar relaciones topográficas. Montes y valles más ó ménos desarrollados distinguen la Euskal-erria, pueblos desparrramados, los unos apaciblemente asentados entre praderas siempre verdes y de una exuberante vegetacion, los otros colgados como un nido de águilas, de peñas y encumbrados riscos. Penetrad en el Tirolo austriaco desde Botzen hasta Innsbruck su hermosa capital, y no hareis más que cruzar entre los Alpes tiroleses (que los romanos apellidaron *Alpes Rhetiac*) valles, praderas, dehesas y bosques, alternando entre ellos populosas villas y alegres aldeas que coronadas de una exuberante vegetacion ostentan á lo lejos los abruptos tejados de las sencillas y tranquilas moradas del *Bauer* (labrador) tirolés, y las elegantes flechas y torres de sus lindas iglesias, casi todas de estilo gótico-bizantino. Los productos del campo son muy similares; trigo, cebada, maíz y nabo que se encuentran en las faldas de empinados montes, allí en donde las condiciones climatológicas lo consienten. Como en la Euskal-erria menudean en el Tirolo arroyos, fuentes, rios y cascadas las más originales y caprichosas. El sistema de riego muy desarrollado y muy bien entendido beneficia las extensas dehesas destinadas para pasto del ganado, tambien análogo al de estas tierras, es decir vacuno (el más hermoso que yo haya visto, á ninguno inferior, si no es al suizo), lanar y de cerda por lo regular negro. El régimen que preside á la economía rural es sin embargo distinto del que priva en la Euskal-erria. Los labradores tiroleses no son inquilinos y arrendatarios dependientes de sus respectivos amos y propietarios, sino verdaderos dueños de sus tierras y casas, quienes por serlo tienen derecho á votar en época de elecciones, lo que coloca á los labradores de aquel país en una posicion si no superior nada inferior, políticamente hablando, á la de los demás ciudadanos. Y como el catolicismo y los sentimientos dinásticos están profundamente arraigados en el esta-

do llano tirolés, mucho más que en la clase noble y aristocrática, de ahí el que el pueblo tirolés sea una poderosa palanca para asegurar el triunfo del partido católico en Austria, ó al ménos ponerlo en condiciones de luchar con éxito feliz contra las corrientes antireligiosas y anticatólicas. Y eso tanto más, cuanto que las tendencias actuales, tan inseparables del parlamentarismo moderno, no tienen cabida en el sencillo pueblo tirolés, y son por lo regular la herencia obligada de la clase elevada.

Otro punto en el que se diferencia el pueblo del Tirolo austriaco del bascongado, es su afición marcada á los trajes tradicionales del país. Yo recuerdo que en ocasion de un viaje de S.M. el Emperador Francisco José por el bajo Tirolo, le recibieron en Brixen comisiones de unas diez comarcas de aquella región, luciendo todas sus vistosos trajes nacionales de colores muy salientes y abigarrados, con sus anchas fajas bordadas de oro y plata, sombrero redondo de alas muy pronunciadas con hermoso plumaje, y sus calzoncillos cortos dejando ver las medias verdes, blancas y de otros colores. La *abarca* es desconocida en el Tirolo y queda propiedad exclusiva del pueblo basco. El aldeano tirolés lleva siempre su chaqueta y pantalon de color oscuro, su sombrero de ala estrecha en los dias festivos ostentando un ramillete de flores, sus zapatos bastos y propios de las labores á las que se dedica, y nunca, ó casi nunca se le ve sin su larga pipa, siendo desconocidos entre ellos cigarros y cigarrillos.

Por lo demás, grande analogía y consonancia en todo, en particular en punto á religion y patriotismo, tan sobresalientes en el Tirolo como en la tierra euskara. Se puede decir de los tiroleses como de los bascos que el Evangelio los encontró ya preparados y dispuestos para recibir sus divinas influencias. La conversion de los tiroleses al catolicismo se remonta á la más remota antigüedad, y muy escasos son los restos de idolatría que entre ellos se han encontrado. El pueblo tirolés se distingue y se ha distinguido siempre por el profundo respeto que profesa á todo lo que es religioso, por su veneracion hácia el clero y las personas religiosas, por la piedad y devocion que muestra en los templo: Yo quedé hartas veces admirado al ver tan apiñado el pueblo tirolés en la iglesia, permaneciendo casi siempre de pié ó de rodillas, oyendo con la mayor atencion la divina palabra todos los domingos y dias festivos, asistiendo muy devotamente al Santo Sacrificio de la Misa, rezando el Rosario, oracion familiar y favorita,

que el aldeano labrador reza con su familia diariamente despues de cenar, y tambien en los caminos, como lo presencié varias veces. El viajante que cruza las aldeas y ciudades del Tirolo puede fácilmente formar cabal juicio de la fe y piedad de aquel pueblo y del culto que profesa, al ver en casi todas las encrucijadas, caminos y casas, grandes y hermosos Crucifijos, y pinturas representando á las ánimas benditas, por las cuales se suplica al caminante no deje de rogar de paso á Dios. A la iglesia rural forma como una fúnebre corona el pequeño cementerio que la rodea, y allí se arrodilla el tirolés antes de personarse en el templo para asistir á la funcion religiosa. Al encontrar al sacerdote ó á un religioso el saludo habitual del tirolés es este: *Ich küss' dic hand. Beso la mano*, y se descubre haciendo una profunda inclinacion.

Las costumbres son sencillas, candorosas, sobre todo en las aldeas y pueblos apartados de los bulliciosos centros de ferro-carril, comercio é industria. Hay un proverbio tirolés que dice: *Asf den Alpen gibt's keine sünde. En los Alpes no hay pecado*, que, bien interpretado, refleja la ejemplar moralidad de aquellos parajes. Por cierto que al verificar un cotejo entre las estadísticas de moralidad que acreditan las naciones modernas, el Tirolo, lo mismo que la Euskal-erria, ocupan un puesto de honor indiscutible.

Al leer la historia del Tirolo, en particular la más reciente, me parecia leer la del pueblo bascongado. Grande analogía bajo todos conceptos, el mismo patriotismo y sobre todo los mismos sentimientos religiosos impulsan á los dos pueblos,

Tirolo y Euskal-erria ¡yo os saludo!; sois mis patrias adoptivas muy amadas. Vuestro recuerdo es para mí inolvidable, pues en los amargos dias del destierro me abristeis los brazos y el corazon. Vuestro patriotismo y vuestra fe os inmortalizan y hacen querer de todos los que de veras aman á Dios, la religion y la patria!..

PÍO M.^o MORTARA,
Canónigo Regular de S. Agustin.

